

Luis Landero

# UNA HISTORIA RIDÍCULA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

LUIS LANDERO  
UNA HISTORIA RIDÍCULA

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2022

© Luis Landero, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-069-0  
Depósito legal: B. 521-2022  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No creo pecar de orgullo, como demostraré a lo largo de mi exposición, si comienzo diciendo que soy un hombre con ciertas cualidades. Quizá no resulte especialmente apuesto y llamativo, pero sí educado, discreto, concienzudo, culto y buen conversador. Todos cuantos me conocen saben, o *deberían saber*, de mi honradez y rectitud. En otros tiempos tuve un buen puesto de trabajo y un piso en propiedad. ¿Mi visión del mundo y de la vida? Trágica y trascendente. ¿Mi historia? De amor, de odio, de venganzas, de burlas y de ofensas. Me llamo Marcial Pérez Armel, resido en Madrid, y tengo en muy alta estima el viejo concepto del honor.

Algún malicioso dirá: «Sí, pero careces de estudios superiores». A lo que yo respondería que, sobre este asunto de los estudios, habría mucho que hablar. Fidel y Víctor, por ejemplo, los otros dos pretendientes de Pepita, y por tanto rivales míos, uno era historiador,

y el otro violinista. Pues bien, ninguno de los dos valía más que yo. Para empezar, yo no creo que de un músico pueda decirse que tiene estudios, y menos aún estudios superiores. El otro era historiador, es cierto, pero ¿qué es un historiador sino alguien que sabe mucho, y a menudo no tanto, de historia, o más bien de una porción ínfima de historia, de un tema, de un personaje o de una época? De él podría decirse en consecuencia: «Es un *simple* historiador». Es decir, alguien que sabe un átomo de historia, no más.

En cuanto a mí, antes que letras o ciencias, opté por la formación profesional. Como siempre me ha gustado la naturaleza, el mundo animal y los bellos entornos, cursé un ciclo de Comercialización de productos alimentarios, que culminé con éxito. Luego, para ampliar estudios, y siguiendo lo que era ya una vocación, hice algunos módulos y másteres sobre Producción agropecuaria y Elaboración de productos cárnicos y lácteos. Esto, en cuanto a mi formación académica.

Pero es que, además, y por mi cuenta, he llegado a forjarme un amplio léxico y una cultura extensa y variada, de los que no voy a entrar en detalles porque en el curso de mi exposición se irán mostrando por sí solos. Frente a otros que únicamente saben de una materia y no salen de ella, yo toco muchos temas, y puedo pasar con facilidad de unos a otros, y por eso creo ser un buen conversador, profundo, versátil y, por mo-

mentos (repito: solo por momentos, y cuando lo pide la ocasión), incluso divertido. En cualquier caso, prefiero saber poco de mucho que mucho de muy poco, sin que eso signifique frivolidad o extravagancia. Tengo también, lo cual no deja de ser llamativo en estos ridículos tiempos que vivimos, mi propia filosofía de la vida y del mundo. Hablando de todo esto con el doctor Gómez, me dijo: «¿Y por qué no lo escribes, o lo grabas de viva voz, lo de tu vida y tu filosofía? Podrías hacer incluso un libro, y más ahora que está tan de moda la narración confesional». «¿Cree que no soy capaz?», lo retruqué yo. Y él hizo un gesto como diciendo: «Eso habría que verlo». Y al día siguiente me regaló un cuaderno grande de tapas duras, un juego de rotuladores y una grabadora digital.

Y en eso ando ahora. Yo no creo que escribir un libro narrativo, o contarlo de viva voz, tenga mucha ciencia, y más si es un libro sobre tu propia vida y tu filosofía, es decir, confesional, donde todo está ya inventado de antemano. Lo único que hace falta es un amplio léxico y una buena cultura general. Sé expresarme con corrección y hasta con elocuencia. Pocos vocablos hay en el diccionario que yo no conozca. De hecho, una de mis lecturas favoritas es un diccionario que tengo desde niño, ilustrado con dibujos didácticos. Creo que tengo facilidad de palabra. Amo la oratoria. Desde muy jovencito me embelesaban los programas de televisión y de radio donde había gente que

hablaba muy bien, y que ya de por sí daba gusto escucharla. Esos fueron mis héroes, y no los cantantes o los deportistas. Ya en el instituto me aprendí de memoria todas las figuras retóricas, con sus ejemplos ilustrativos. A riesgo de que algún lector sofisticado se burle de mí, he de decir que a veces hago disertaciones sobre un tema cualquiera, solo por el gusto de oírme disertar, o me hago entrevistas a mí mismo, como si fuese famoso, un filósofo, un científico, un explorador, incluso un deportista o un asesino a sueldo, y sé responder con prontitud y hondura a todas mis preguntas, por enrevesadas o maliciosas que sean. Ya hacia el final de este relato, o más bien de este documento narrativo, incluiré precisamente una pieza oratoria de mi propia invención. Y también una vez escribí un cuento, que a lo mejor luego inserto aquí, y donde se verá que tampoco me falta talento con la pluma.

El doctor Gómez, que de vez en cuando escucha o lee lo que grabo o escribo, elogia mucho mis discursos y me anima a seguir adelante, aunque también intenta convencerme de que no me deje llevar por las disquisiciones y los caprichos de la inspiración, sino que me ciña a los hechos, porque él cree que yo tengo tendencia a saltar de una cosa a otra, relacionándolas entre sí, además de mi afición a los interludios filosóficos. Yo creo, sin embargo, que lo que pueda contar o escribir aquí no vale tanto por la calidad y el número de las andanzas y los lances como por el acer-

vo de opiniones que los sustentan. Aquí importan más los temas que las peripecias, la filosofía más que la acción. De modo que esto es la historia de mi vida a la vez que un ensayo sobre mí mismo. Pero el doctor Gómez no piensa igual, él valora más los hechos objetivos que las ideas, como casi todo el mundo. A la gente, incluido el doctor Gómez, le gusta que le cuenten historias. Se embelesan con las odiseas. El pensamiento les da vértigo. También me dice que eso de hacerme preguntas a mí mismo es un buen método, el mismo que utilizaba Sócrates, y el que hoy usan los detectives, los fiscales y los periodistas, para ordenar el pensamiento e ir derecho al asunto sin perderme en perífrasis y digresiones. ¡Sin *perderme!* ¡Qué sabrá él! Y acabaré por hoy diciéndole al doctor Gómez, y de paso también a los posibles lectores de esta historia, que en todo momento y cuente lo que cuente, ya sean hechos o especulaciones, como se demostrará a lo largo de mi exposición, yo nunca hablo en vano. Repito: yo nunca hablo en vano.

Pues bien, a despecho del doctor Gómez, y del lector frívolo que solo gusta de anécdotas y enredos, voy a empezar precisamente con una disertación filosófica que viene muy a cuento para entender algo de mi forma de pensar, de sentir y de ser, y que puede resultar de provecho para quien la lea con atención. A lo largo de mi vida he recibido incontables ofensas. Aquí el lector respondón dirá: «Pues como todo el mundo». Falso. Yo he sufrido más ofensas que casi todo el mundo. Sé que muchos no les dan importancia, que las perdonan, e incluso las olvidan, o eso dicen al menos, y hasta se jactan de ello, y que hasta siguen siendo buenos amigos de sus ofensores. A mí eso no me ocurre, y desde luego no olvido las ofensas. Y aunque lo intentara, ¿qué?, ¿cómo expulsarlas de la memoria?, ¿qué hacer para actuar como si no hubieran existido? Como mucho, se puede *fingir* que no existieron, pero de ningún modo borrarlas del pasado. Lo que ocurrió es siem-

pre irremediable, y no hay manera de anularlo. Solo los más poderosos tiranos han conseguido corregir el pasado a su antojo, pero al final siempre se ha impuesto, inexorable, la verdad de los hechos.

Los predicadores del olvido y del perdón suelen aducir que la mayoría de esas ofensas son productos momentáneos de la ofuscación o de la ira, desahogos fortuitos, repentinos impensados, y que con una disculpa posterior quedan absueltas. No digo que alguna vez no ocurra así, pero yo más bien creo que el que ofende lo hace desde el fondo de una convicción que estaba reprimida por las normas sociales, además de por el interés, el miedo y la simulación. Quizá solo en ese momento de descontrol se ha atrevido al fin a ser sincero y a decir *lo que piensa*. Nadie se inventa una ofensa de la nada. Si alguien te dice: «Es usted un estúpido, un incompetente o un soberbio», es muy posible que sea porque lo cree así, y no ya en ese momento sino en otros momentos de mesura y de calma. De modo que, por prudencia y por amor a la verdad, conviene no olvidar las ofensas. A los demás se los conoce mejor y más a fondo en sus momentos de ira y extravío, igual que los psiquiatras analizan nuestros sueños, por estrambóticos que sean, para encontrar en ellos las más escondidas verdades de nuestro corazón. Del mismo modo, a las ofensas hay que otorgarles verosimilitud, por caprichosas que parezcan, porque algo tienen siempre de revelación de lo

oculto y prohibido. En lo irracional está muy a menudo la verdad.

En cuanto a la disculpa como reparación de las ofensas, su poder es más que problemático. Aunque la disculpa se haga en público, como es preceptivo, no deja de ser una convención, una fórmula sin más contenido que el protocolario. La disculpa no vale por ser sincera sino por ser pública. Más que un remedio para el ofendido es un castigo para el ofensor. Por eso, entre la insinceridad por un lado y la levedad del castigo por otro, la disculpa se acepta siempre a regañadientes, como un mal menor. Y esto es así porque el arrepentimiento se hace en frío y puede fingirse, en tanto que el impulso airado, fruto de una explosión espontánea del alma, no admite el simulacro. Creo más en un temerario arranque de coraje que en un arrepentimiento calculado y tardío. En cualquier caso, y a pesar de que no hay disculpa que no deje tras ella la sombra de una duda, la disculpa es una herramienta social, tosca sin duda, y que no sirve para curar el dolor, pero sí al menos para mitigarlo.

También se dice que los pequeños agravios son *inevitables* en el roce social, y que por eso mismo hay que dispensarlos. Contra esto podría decirse que en absoluto son inevitables, o al menos no tanto como los presentan. Por ejemplo, yo no he ofendido nunca a nadie. Y no por falta de ganas y razones. Pero siempre me lo he guardado para mí. Siempre he sabido

callar a tiempo. Quizá porque yo sé hasta qué punto pueden lacerar las ofensas y perdurar dolorosamente en un alma sensible. Por eso soy muy cuidadoso en mis relaciones con el prójimo. Y no porque yo esté a salvo de pasiones, de impulsos destructivos, de saña vengadora, sino porque me contengo y sé guardar mi furia para luego. La guardo a buen recaudo, y ahí la tengo intacta para cuando llegue la ocasión. Repito: y ahí la tengo intacta para cuando llegue la ocasión.